

LA FAMILIA, COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN: TRES PILARES CON UN EJE COMÚN EN LOS VALORES

Encarnación Sánchez Lissen

*Profesora de Psicopedagogía CES Cardenal Spínola
CEU Andalucía*

Durante los primeros días del mes de marzo de 2000, tuvo lugar en Sevilla, el III Simposio Nacional «Familia, Comunicación y Educación». Estas tres palabras han dado nombre al evento y son, a su vez, tres pilares claves en nuestra vida. Cada una de ellas tiene su propia entidad, aunque también les une un elemento común: los valores.

Pues bien, a lo largo de esta breve reflexión nos acercaremos a la educación en valores y de manera particular a la cultura de la paz, con la intención de poder compartir con los lectores su importancia en nuestra sociedad y su implicación en el ámbito escolar; o también, con el deseo de poner de manifiesto la prioridad que debemos conceder a este tema, tanto de forma individual, como desde todas las instituciones y agentes socioeducativos. Ciertamente, estos argumentos han sido analizados ampliamente por distintos autores y desde distintos puntos de vista; también desde este foro. Concretamente, se dedicó a lo largo del mismo una Mesa de Comunicaciones y desde ella, los comunicantes abordaron con rigurosidad y exquisitez estas cuestiones y su importancia en nuestra sociedad.

En torno a los tres elementos ya citados: Familia, Comunicación y Educación, advertimos que los valores son la viga que los sustenta y les da firmeza.

La Familia, un puntal esencial, es un agente primario de socialización, a la vez que contribuye notablemente en el andamiaje de nuestra formación. Básicamente, iniciamos en el seno familiar nuestro crecimiento moral y, por tanto, desde él iremos poniendo las bases para una formación integral. Es innegable la importancia que tiene este proceso, tanto que la falta o solapamiento del mismo, podría incidir negativamente en la construcción de la personalidad. En cualquier caso, los avatares de la vida no siempre te permiten disfrutar con toda la amplitud de una familia «propia», y ello obliga al sujeto a cubrir las necesidades afectivas o relacionales en el seno de otro u otros grupos. Se trata, por tanto, de una fuente esencial de donde beber asiduamente para ir internalizando los valores.

La Educación, es otro de los conceptos que han definido este Simposio. Su amplitud es reconocida, ya que se manifiesta como un proceso integral que recorre a la persona en todas sus dimensiones. Esta tarea es compartida por diversos agentes, aunque la voluntad personal juega un papel principal.

El tercer elemento, la Comunicación. En una sociedad como la nuestra, donde imperan las Nuevas Tecnologías y, en general, los grandes medios de comunicación, nos parece necesario la presencia de este tercer pilar, tanto en el ámbito familiar como a lo largo de cualquier proceso educativo. Con ello queremos apostar por un modelo de comunicación más personal, más interactivo y a la vez más cálido, que fomente un clima óptimo de relaciones.

Pues bien, el conjunto de los tres pilares: Familia, Comunicación y Educación, se unen en un eje común: los valores, desde donde se contribuye al desarrollo integral del individuo. Claramente, podemos encontrar en los valores la base y el punto de partida para la construcción de la persona, y a la vez, una meta a la cual llegar desde una racionalidad pedagógica que impregne y dé forma a nuestra vida diaria.

Los valores se definen, sobretodo, por su carácter real y es precisamente a través de la práctica donde adquieren un verdadero sentido. Por tanto, de la misma manera que la educación va a adquirir un mayor enriquecimiento a partir de su aplicación, los valores parecen estar necesitados del poder y la seguridad que les confiere el ser asimilados desde una perspectiva práctica. En general, tienden a presentarse como el marco de referencia que sustenta nuestra vida, o como dice Ramón Gil (1998), es «aquello que responde a nuestras tendencias e inclinaciones». Tal como ya hemos indicado, su verdadero sentido radica en su aplicación, ya que difícilmente podremos decir que tenemos internalizado un valor, si no lo ponemos en práctica. Un valor en la teoría es un valor irreal, por ello, es conveniente «mirarse en el interior» y descubrir cuáles son los valores que nos identifican y cuáles los que incorporamos a nuestra forma de ser y de estar en cada momento. No por ello dejamos de reconocer que se trata de una tarea costosa, rodeada de reflexión o incluso de incertidumbre, por lo que requiere la ayuda de otras personas para su mejor y mayor conocimiento. En determinadas ocasiones, la forma de descubrir los propios valores surge a través de un aprendizaje vicario, al ir reconociendo e imitando los valores de otros. De una manera u otra, se trata de configurar un proceso de personalización del sujeto a partir de las actitudes y comportamientos que se hagan explícitos. Por ello, al hablar de educar en valores, también nos estamos refiriendo a educar las emociones, las aptitudes y cualquier otra dimensión humana como vía para llegar a lo anterior; en definitiva, se trata de educar en toda su amplitud.

Desde nuestro Sistema Educativo se concede una gran importancia a la formación en valores, y así queda reflejado en el artículo primero de la LOGSE, cuando señala como fin principal de la educación, «lograr el pleno desarrollo de la personalidad del sujeto». Precisamente, el entorno escolar es un medio ideal para consolidar la formación en valores, de forma que pueda neutralizar, o al menos debilitar progresivamente, cualquier avalancha de «contravalores» que se intentan imponer desde la sociedad y que con tanta insistencia se dan a conocer desde los medios. Se trata por tanto, de luchar contra el consumismo, formándonos en un consumo racional, o de evitar la degradación del medio desde una educación a favor del mismo, o bien, suplantarlo por la competitividad, incidiendo en una educación para la igualdad.

Generalmente son problemáticas sociales que pueden ser combatidas desde el ámbito escolar. Es precisamente en este entorno, donde emergen las áreas transversales como medio para resolver estos conflictos y para incorporar a nuestra vida una cultura de los valores. Concretamente, pretenden ser una respuesta humanista que impregne de este contenido a cualquier proyecto educativo.

De todos los valores emergentes en la sociedad, la Paz ocupa un lugar central. También a lo largo de este foro, ha ocupado un espacio preferente el valor de la Paz. Como sabemos, éste afecta a todas las dimensiones de la vida, ya sean personal, grupal, a nivel local, nacional o internacional y ello le hace estar presente en la vida diaria de las personas y de las instituciones en general. Concretamente la UNESCO es una de las instituciones que con más insistencia está trabajando en torno a éste y otros valores. Desde ella se coordinan hace algunos años diversos programas en esta línea. Uno de estos es el Proyecto Transdisciplinar denominado: «Hacia una Cultura de la Paz» (1995), en el que se incluyen temas referentes a la Educación para la Paz, la promoción de los Derechos Humanos, el pluralismo cultural y de diálogo intercultural, o la prevención de conflictos, entre otros. Su propuesta es una constante que debemos incorporar a nuestro día a día, ya que omitirlo sería cerrar las puertas a un crecimiento personal, social y en definitiva, a un desarrollo integral.

Desde la educación para la paz se aborda la educación para el respeto, la educación para el diálogo o la educación multicultural; y en definitiva, desde todas ellas se colabora en la construcción de esta cultura. Como vemos, desde la educación para la paz se transmiten y se afianzan valores tan relevantes como son: la solidaridad, la justicia, el diálogo, la tolerancia, etc.; por ello, la cultura de la paz es un estilo de vida, y como tal, es un proceso permanente en el desarrollo de la personalidad. Esta cultura de la que estamos hablando cuenta en la educación en valores con un contenido incontrovertible, y en el aula, con un espacio prioritario para su desarrollo.

Actualmente, coexisten en los colegios dos circunstancias donde la educación para la paz tiene una función muy importante que desarrollar: una de ellas, las situaciones de conflicto y de violencia que se viven, otra, la diversidad de culturas o el carácter multicultural de algunas escuelas. En ambos casos, la educación para la paz debe impregnar todo el currículo escolar, así como la actitud de cada uno de los sujetos intervinientes en la vida del aula. Para ello, la paz exige orientar las relaciones humanas, y en general todo el proceso educativo hacia un tipo de relaciones que fomente un clima de tolerancia, de solidaridad y de respeto entre todos.

El Informe de la Comisión Internacional sobre la Educación para el siglo XXI, conocido como Informe Delors, propone como base de la educación los cuatro pilares ya tradicionales de: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a ser y aprender a convivir. Este último es además un elemento clave para entender y afianzar la educación para la paz. En cualquier caso, este deseo de saber vivir con los demás se logrará en la medida en que no falle ninguno de los pilares anteriores. Por todo ello, al hablar de educación para la paz nos estamos refiriendo a un proceso continuo, que se va construyendo en la realidad más cercana y va generando una serie de comportamientos hacia otras realidades contiguas.

En este marco escolar y de convivencia, el educador tiene entre sus manos una tarea cargada de responsabilidad. Es común aceptar la relación de los docentes con una fuente de conocimientos y con una transmisión ordenada de los mismos; sin embargo, entendemos que no es menos importante que ellos sepan vivir los valores y sean buenos mentores. Con todo ello queremos dejar constancia de la importancia que tiene el profesorado de las Escuelas de Magisterio, los cuales harán de puente entre los futuros educadores y educandos. De hecho, la formación en valores de estos maestros debe ocupar un lugar destacado, ya que es un espacio privilegiado de aprendizaje para ir consolidando su desarrollo personal. En este sentido, los que nos dedicamos a la docencia en el ámbito de la formación inicial del maestro, nos damos cuenta de la importancia que tiene la transmisión y fundamentación de los contenidos en el campo de los valores, y sobretodo, la conveniencia de dirigir correctamente nuestra práctica y todos los procesos de enseñanza y aprendizaje desde una perspectiva axiológica.

Este reto debe impregnar nuestro día a día, de forma que se llegue a fortalecer la estructura moral de nuestros alumnos. En cualquier caso, para educar en valores debemos comenzar por nosotros mismos y de esta forma, contagiar a mayores y a pequeños, a docentes y discentes con una propuesta experimental.